LA NIEBLA QUE DANZA

I E M
APU SALQANTAY
50138
URATARI

Poemas y narraciones desde el alma

Para Uratari



Oblitas Ventura

2026

En cada página de este poemario, la voz de los estudiantes y maestros de Uratari se eleva como un canto que nace de la tierra y del cielo andino. La niebla que danza no es solo un conjunto de poemas: es un testimonio vivo de la memoria, los sueños y la sensibilidad de una comunidad que celebra la palabra como patrimonio.

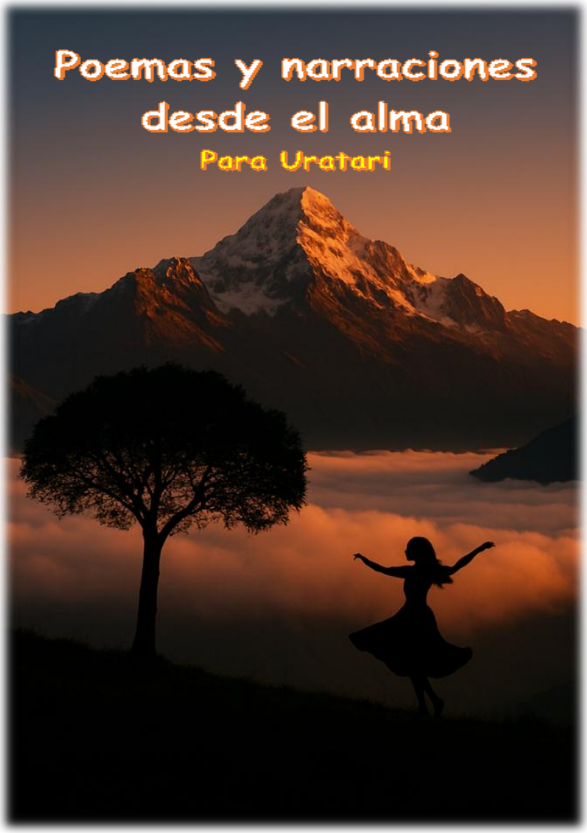
Aquí encontrarás versos que se entrelazan con la música del viento, cuentos que rescatan las tradiciones, y ensayos que dialogan con la cultura. Todo ello nace del corazón de quienes creen en la educación como un camino de esperanza.

Este libro es un puente entre generaciones, un homenaje al Tayta Apu Salqantay y a la creatividad de sus hijos. En él, la niebla no solo cubre las montañas, sino que danza sobre las páginas, dejando huellas de emoción y verdad.

Oblitas Ventura.



LA NIEBLA QUE DANZA



Oblitas Ventura
2026

LA NIEBLA QUE DANZA

Autor: Oblitas Ventura

Editor:
Orletaz Mamani Ventura
Comunidad Campesina de Uratari, Limatambo – Anta – Cusco – Perú

1ra. Edición Digital: Octubre 2026.

Depósito Legal N° 2026-13926

Libro Digital disponible en: https://colegiobetheljuliaca.edu.pe/web/

Con el corazón divino,
a los lectores,
estudiantes, padres y maestros de Uratari:
ustedes son la raíz que sostiene,
la luz que guía
y el horizonte donde germinan nuestros sueños.

PRESENTACIÓN

Con sincera emoción y devoción, me complace presentar *La niebla que danza*, una obra que recoge la voz, la memoria y los sueños de nuestra querida comunidad de Uratari y de la institución educativa que la abraza como un verdadero hogar.

En estas páginas se entrelazan poemas, cuentos y ensayos que nacen del corazón de los estudiantes y maestros, convirtiéndose en un testimonio vivo de la imaginación, la reflexión y el amor por nuestra tierra. Cada creación es un relato tejido con la savia de la naturaleza, con el murmullo de la vida cotidiana y con la esperanza de un pueblo que camina unido en el conocimiento, la cultura y la fraternidad.

La neblina, testigo silenciosa de nuestros días, inspira el título de esta obra, pues en ella se refleja la vida misma: misteriosa, cambiante y siempre hermosa. Como la neblina que danza sobre los montes, también las palabras aquí reunidas se elevan y se abrazan, llevando consigo la esencia de nuestra identidad y la fortaleza de nuestra comunidad.

Este poemario es, entonces, una ofrenda sencilla pero llena de afecto, dedicada a la juventud laboriosa, a los maestros que con paciencia y entrega guían el camino, y a todos quienes reconocen en la palabra escrita un legado que perdura en el tiempo.

No pretendo perfección en estas páginas; más bien, con humildad, las entrego al juicio de los lectores, con la esperanza de que cada verso, cada historia y cada reflexión se conviertan en un eco de nuestra vida y en un homenaje a la tierra que nos vio nacer.

El Autor…

PRÓLOGO

Decir *Uratari* es pronunciar un nombre que guarda memoria, canto y esperanza. Sus caminos de tierra son páginas donde el tiempo escribe con pasos humildes, y en cada chacra florece la vida como un libro abierto. Aquí, el eco de las montañas conversa con el murmullo de los ríos, y la palabra, sencilla y profunda, se convierte en semilla que germina en el corazón de nuestra comunidad.

Este poemario no es solo un libro: es un tejido de voces. En él confluyen los sueños, pensamientos y sentires de estudiantes, maestros y sabios de la escuela y del pueblo. Cada texto revela la ternura de la infancia, la fuerza creadora de la juventud y la sabiduría transmitida por los mayores. Todos, al unirse, nos entregan un mensaje de unidad, respeto por la naturaleza y amor por la tierra que nos vio nacer.

En estas páginas palpita el espíritu del Tayta Apu Salqantay, protector y testigo de generaciones. Su presencia inspira la palabra de quienes aquí escriben, recordándonos que somos hijos de la montaña y guardianes de una herencia que no se debe perder.

Este libro es fruto de un esfuerzo colectivo y de la convicción de que la literatura no es un lujo, sino una herramienta de identidad y de resistencia. Los poemas, cuentos y ensayos que lo conforman nacieron en concursos escolares organizados por la UGEL Anta y la DRE Cusco, donde nuestros estudiantes han demostrado que la palabra puede transformar y abrir caminos hacia el futuro.

Invito al lector a recorrer estas páginas con el corazón abierto. Que cada verso, cada historia y cada reflexión se conviertan en puente: entre los estudiantes y sus familias, entre los maestros y la comunidad, entre Uratari y el mundo. Porque escribir es también afirmar la vida, cuidar la memoria y sembrar esperanza.

Este prólogo es, pues, una puerta de bienvenida. Entren sin temor y déjense abrazar por la voz de nuestros jóvenes poetas, narradores y pensadores. Ellos son la prueba viva de que, mientras exista la palabra, siempre habrá futuro.

Dir. Hipólito Soclly.

AGRADECIMIENTO

Manifiesto mi más sincera gratitud al Ingeniero **Isaac Mina Salas**, cuya valiosa colaboración y constante apoyo han hecho posible la concreción de esta obra. Gracias a su compromiso con nuestra comunidad de Uratari, los anhelos y las voces de nuestros estudiantes han podido encontrar expresión en cada página de este poemario. Su ejemplo de dedicación a la tierra y a la cultura constituye una fuente permanente de inspiración.

Del mismo modo, expreso un reconocimiento especial al director de la Institución Educativa 50138 A*pu Salqantay*, cuyo liderazgo y visión han consolidado a nuestra institución como un espacio fecundo para el conocimiento, la creación artística y la preservación de nuestra identidad cultural. Su labor ha permitido que docentes y estudiantes despleguemos nuestras capacidades en un ambiente de respeto, libertad y entusiasmo.

El poemario *La niebla que danza* constituye un testimonio del esfuerzo colectivo de una comunidad que reconoce en la educación, el arte y la memoria los pilares de su desarrollo. A ambos, con el mayor aprecio y respeto, expreso mi reconocimiento por su compromiso con la cultura, la educación y el fortalecimiento de nuestra identidad. Con ese mismo espíritu, hago extensivo mi agradecimiento a los maestros y estudiantes, cuyo aporte ha sido fuente de inspiración cultural.

AUTORES DE LOS TRABAJOS

1. **DOCENTES:**

- ✓ Oblitas Ventura - Orletaz Mamani Ventura
- ✓ Hipólito Soclly Medina
- ✓ Rocío Judith Pezo Rivera
- ✓ Luis Ozorio Mayta
- ✓ Irma Meza Guillén

2. **ESTUDIANTES - POEMAS**

- ✓ Yeni Isabel Huaman Huanaco - APU SALQANTAY, GUARDIÁN DE MIS SUEÑOS
- ✓ Deysi Celeste Huaman Zamata - AL FRENTE DEL TAYTA APU SALQANTAY HAY UNA MARAVILLA - SOY SEMILLA DE TU CANTO, NICOMEDES
- ✓ Luis Ángel Huare Champi - SUEÑOS TEJIDOS EN LA TIERRA DEL SALQANTAY
- ✓ Yoni Marleny Samata Huaman - POESÍA A MI COLEGIO
- ✓ Esther Soraida Quispe Huaman - MI QUERIDO COLEGIO
- ✓ Yasmin Estefani Zamata Zuñiga - MI COLEGIO, MI HOGAR
- ✓ Flor Brisayda Misme Huaman – RECUERDOS DEL COLEGIO
- ✓ Florelinda Yosmily Huaman Quispe - URATARI, TIERRA DONDE NACÍ y CUANDO NICOMEDES HABLÓ
- ✓ Luz Clarita Lopez Huaman – APU SALQANTAY, COLEGIO AMADO
- ✓ Yanila Shiomara Ñahuiccamasca Huaman – POESÍA A MI PUEBLO
- ✓ Katy Susana Basilio Lopez – CUANDO TE CONOCÍ
- ✓ Edy Samata Huaman – MI PUEBLO, PEDACITO DE CIELO
- ✓ Joseth Jhonatan Paima Ccorahua – A MI COLEGIO
- ✓ Sergio Maicol Alvarez Quispe - URATARI, AMOR QUE NO SE APAGA

NARRACIONES – CUENTOS Y ENSAYOS

- ✓ Florelinda Yosmily Huaman Quispe – EL MACHUCHO DE LOS ANDES
- ✓ Katy Susana Basilio Lopez - EL DÍA QUE EL CERRO HABLÓ
- ✓ Deysi Celeste Huaman Zamata - ENTRE EL CIELO Y LA CHACRA: - SEMBRANDO PALABRAS COMO ARGUEDAS
- ✓ Yeni Isabel Huaman Huanaco - LOS RÍOS PROFUNDOS: UN CANTO QUE SIGUE VIVO
- ✓ Yonatan Eloy Huaman Huaman- LA OVEJA MAÑOSA Y EL ZORRO DEL CERRO PICCHU
- ✓ Oblitas Ventura - CUANDO EL ZORRO BAILA, LA VIDA TIEMBLA

POEMAS DESDE EL FONDO DEL CORAZÓN

LA NIEBLA QUE DANZA

Por: Oblitas Ventura.

¿Por qué vuelves cada amanecer,
oh niebla de mi pueblo?
Te miro bajar desde los alcores,
como poncho secreto de los Apus,
y me envuelves con tu aliento
de agua y memoria.

¿Acaso vienes a esconder mis pasos,
o a revelarme los sueños
que duermen en la tierra de Uratari?
Cuando cubres los tejados y las chacras,
siento que no soy yo quien camina,
sino un eco, una sombra,
un soplo que flota contigo.

Mírame:
soy como esos caballos cansinos
que arrastran el silencio de la plaza,
y en cada herradura escucho
el rumor eterno de los ancestros.
Tú lo sabes, niebla,
porque guardas sus voces
en tu manto húmedo y sagrado.

Te pregunto, niebla danzarina:
¿qué secretos tejen tus polleras de espuma
cuando giran en los riachuelos?
¿Será la risa de los dioses del agua,
o el murmullo sagrado de los Apus
que guardan en su vientre la semilla del maíz?

Ponchos rojos, polleras verdes,
despiertan en tu cuerpo transparente.
Y yo, bebiendo la chicha de mil sabores,
siento que mi voz
se convierte en canto de maíz,
en himno que asciende contigo.

Oh niebla,
tú no cubres:
despiertas.
Tú no borras:
revelas.
Eres danza,
eres espíritu,
eres el latido mismo de mi gente.

Y yo, al hablarte en soledad,
descubro que no estoy solo:
porque en tu abrazo de humo y agua
late, invisible,
el corazón eterno de Uratari.

Abril 2025.

LA LENGUA QUE DUERME EN LA NIEVE

La lengua duerme,
duerme en la nieve blanca del Salqantay.

Por: Oblitas Ventura

No ha muerto…
sólo sueña bajo un poncho de silencio.
El Apu, testigo de siglos,
guarda palabras como semillas
bajo la piel helada,
y la neblina —ay, la neblina—
es su manera de hablar sin pronunciar.

Aquí, en Uratari,
cada piedra tiene nombre,
cada viento… una canción.

Y el idioma no se dice,
¡el idioma se siente como una oración!

Llora el rocío en las hojas del ichu,
llora la escarcha en la punta del sol,
lloran las nubes cuando nadie las mira…
¡y también llora la lengua…
que nadie nombró!

Es un hilo de oro que se enreda
en los labios,
un suspiro de abuelo que huele
a leña y a pan,
una palabra que arde
aunque no la digamos,
una herida que late… sin sangrar.

Es canto,
es cuna,
es clamor.
Es corteza, corazón,
¡es el eco de un clamor!

El idioma no es ruido,
es silencio que florece.
No es tinta en el cuaderno,
es raíz… que pertenece.

Como la nieve que cubre la cima,
el idioma espera, quieto, fiel,
espera que alguien lo mire,
como quien mira al abuelo…
por última vez.

¡Ay, idioma mío!
¿Quién te defiende cuando callamos?
¿Quién te honra cuando nos avergonzamos?
¿Quién te salva si te cambiamos…
por olvido?

Hoy no celebro con discursos,
celebro con lágrimas en la voz.
Porque el idioma…
es un río que no se ve,
una madre que no olvida,
una nieve que aún…
quiere volver a ser sol.

Abril 2025.

"CAN DE LA NIEBLA"

(Desde el corazón de Uratari)

Por: Oblitas Ventura.

A veces pienso
que Uratari no está en el mapa,
sino en el suspiro de un cerro,
en el temblor de las calaminas
cuando la noche cae sin pedir permiso.

Allí,
donde el frío no es solo clima,
sino herida que no cicatriza,
vive la soledad con nombre de canino.

Lo vi ayer.
Un bulto oscuro,
tendido como un sueño que no despertó.
La luna lo alumbraba con pudor,
como si también le doliera.
Y el viento…
¡ay, el viento!
Le pasaba por encima con respeto,
como se pasa por el cuerpo de un santo olvidado.

Era uno más de tantos,
con la mirada mansa,
las costillas tocando la piel
como dedos que imploran pan.

¿Quién le cerró la puerta anoche?
¿Quién le negó una mísera desperdicio
como si fuera un delito respirar?
¿Quién fue el que lanzó la piedra,
la indiferencia,
la última patada que lo venció?

Y allí quedó,
sobre el pavimento helado,
como una estatua caída de tristeza,
como si la plaza misma se avergonzara de ser testigo.

En Uratari, los perros no ladran ya,
sus voces se han vuelto suspiros
que se cuelan en las rendijas de los techos.
Pastorean ovejas, dicen.
Molestan, dicen.
Pero nadie mira sus ojos
que parecen guardar las lágrimas de todos.

Yo,
que apenas soy un alma con abrigo remendado,
quiero decir algo
aunque no me escuche el viento:
Ese perro muerto era mi hermano.
Era un espejo.
Era la última esperanza,
tirada,
olvidada,
fría.

Y si hoy no lloramos por él,
¿cuándo aprenderemos a llorar por nosotros?

Mayo 2025.

"MI COLEGIO EN LA NIEBLA"

(Uratari en su aniversario)

Por: Oblitas Ventura.

Desde el balcón,
miro el alma del colegio envuelta en neblina,
como si el cielo quisiera acariciarlo despacito
antes de que despierte el día.

El frío se desliza por los techos de calamina
como un suspiro antiguo,
y el verdor del campo —ese verde que resiste todo—
se extiende como un manto de esperanza
en medio de la pobreza.

Mi colegio respira.
Lo juro que respira,
aunque sus pupitres no estén llenos,
aunque falten voces y las campanas no suenen fuerte.
Él sigue allí, firme,
como un roble callado en la puna.

Y hoy…
hoy cumple un año más,
como un anciano sabio que no espera regalos,
solo la presencia de quienes aún creen.

Los perros aúllan en la bruma
y su canto parece una plegaria,
una música antigua que nadie enseña
pero todos entienden cuando hay silencio.

Allí, en el patio verde,
unos chicos patean la pelota,
sus risas cortan el aire como cuchillos de luz.
Una niña canta bajo el alero,
y el viento, travieso, le enreda el cabello
como si la vida aún jugara con nosotros.

Yo propongo —desde este balcón de alma—
que celebremos con ternura,
con memoria,

con el corazón en la mano:
porque mi colegio,
aunque pequeño,
aunque olvidado,
es el guardián de sueños que se niegan a morir.

Hoy lo miro con amor profundo,
con lágrimas quietas y palabras que tiemblan,
porque este lugar —con frío, con perros, con niebla—
es cuna de mi fe,
y mientras exista,
existiremos también nosotros.

Julio 2025.

"EL CACHORRO QUE ESPERA"

Por: Oblitas Ventura.

Cada vez que llego,
allí está,
como una estatua de lana vieja
hecha con hilachas de tiempo y frío.

Su pelaje,
una alfombra de años mal peinada por la vida,
se sacude cuando pasa el viento,
pero no por orgullo,
sino por hambre.

Abre la boca.
No ladra.
No pide.
Solo abre la boca
como se abre una herida.

En la plazoleta,
entre papeles muertos y pasos apurados,
su sombra es la única que no se mueve.
Los niños lo esquivan,
los adultos lo ignoran,
y el sol—cuando aparece—
le calienta apenas las pestañas.

¿Dónde está su dueño?
¿Lo olvidó la muerte?
¿O lo dejó la tristeza en un rincón del mundo
donde los animales también tienen alma,
pero nadie los recuerda?

Su mirada es una taza vacía.
Sus patas tiemblan
como si bailaran con la flaca sin querer.
Y sin embargo,
cada vez que llego,
ahí está,
esperando,
como si mi llegada fuera promesa,

como si en mi bolsillo hubiera un milagro
en forma de pan duro o voz dulce.

Yo, que apenas soy un hombre,
me rompo al verlo
porque él…
él no es solo un perro.

Es una pregunta peluda
que nadie quiere responder.
Es el eco de una ternura
que el mundo olvidó bajo la neblina.

Y mientras respire,
seguiré viniendo,
aunque no traiga nada,
aunque solo le dé mis ojos
y un pedazo de silencio.

Junio 2025.

"EL QUE ME ENTIENDE"

Por: Oblitas Ventura.

A veces,
cuando el día se desangra
en la niebla de Uratari,
yo paso por la plazoleta
y ahí está…
echado como un pedazo de noche
olvidado por el sol.

Un perrito viejo,
con el lomo cubierto de polvo y años,
con la tristeza tejida en su piel
como un abrigo sin botones.

Yo le doy un huesito.
Nada más.
No puedo más.
Y él lo toma como si fuera un tesoro,
como si no solo fuera comida,
sino caricia,
un pedazo de amor que no se pudre.

Me mira.
Y en esa mirada
yo leo mi nombre sin decirlo,
como si supiera quién soy
aunque nunca me haya olido el alma.

A veces le hablo.
Le cuento mi día, mis dolores,
le susurro que el mundo es duro,
que el frío cala más que el hambre.
Y él escucha.
Juro que escucha,
con esas orejas de sombra,
con su hocico tembloroso
y ese par de ojos
que no piden,
solo entienden.

No tiene dueño.
Ni cadena.
Ni voz.
Solo tiene su espera.
Y ese rincón de plaza
donde mueren los perros buenos.

Una vez, lo vi temblar
y sentí que el universo entero
cabe en un cuerpo flaco
que aún busca en los humanos
algo de compasión.

No ladra.
No muerde.
No exige.
Solo respira,
y en cada aliento
parece decir:
"gracias por no olvidarme."

Y me parte.
Me parte el alma como pan duro
cuando lo dejo ahí,
bajo la luna rota,
mirándome partir
como si supiera
que volveré
porque él me entiende
más que nadie.

Junio 2025.

"LA VOZ ANTES DEL GALLO "

Por: Oblitas Ventura.

Antes que el gallo rompa el silencio,
cuando aún la noche tiembla
sobre los techos fríos de Uratari,
una voz —quebrada y viva—
se alza como un suspiro que duele.

Es voz de mujer andina,
de esas que han enterrado más hijos que sueños,
de esas que cargan el mundo en el rebozo
y, aun así, cantan…
aunque ya nadie escuche.

No es canto,
es lamento.
Es oración sin iglesia.
Es relámpago de madre que no duerme
porque sabe que el país se le escapa
como agua entre las manos rotas.

Esa voz atraviesa la neblina,
sacude las calaminas,
hace llorar a los perros,
y despierta a las piedras dormidas.
Y yo,
yo no puedo no oírla.
Me llama por dentro
como si supiera mi nombre de infancia,
como si supiera todo lo que me duele del Perú.

Ella no habla de flores.
Habla de hambre.
De niños sin cuadernos.
De maestras que enseñan con frío en los huesos.
De alcaldes que roban hasta el polvo del camino.
De policías que miran hacia otro lado.
De congresistas con trajes caros
y manos sucias de pueblo.

Cada mañana,
antes que cante el gallo,
ella lanza su voz al aire
como quien lanza una piedra al lago
esperando que alguien escuche el eco.

Y me rompe.
Porque yo sé —¡Dios mío, yo sé! —
que esa voz no tiene micrófono,
no tiene noticiero,
ni redes sociales,
pero es más patria que la bandera,
más justicia que las leyes,
más verdad que cualquier presidente.

Esa voz…
es la tristeza hecha carne,
es el luto que canta,
es la voz de mi Perú herido,
de mi madre tierra,
que aún grita
para que alguien despierte
antes que sea demasiado tarde.

Mayo 2025.

"DESDE LA CIMA DEL SALQANTAY"

(Para que los hijos de mi patria lloren y despierten)

Por: Oblitas Ventura.

Desde aquí,
donde la nieve no olvida su blancura,
y el viento murmura lenguas antiguas,
mi voz baja…
como un susurro quebrado
por siglos de abandono.

Estoy en la cima del Salqantay,
allí donde los cóndores aún lloran en silencio,
donde la tierra respira con dolor contenido,
donde los espíritus de los apus
vigilan las heridas de mi país.

Perú,
te nombro desde lo alto
como se nombra a un hijo enfermo,
con amor, con rabia,
con las manos juntas
y los ojos llenos de neblina.

¿Qué te pasó, tierra de mis mayores?
¿En qué momento vendiste tus raíces
por monedas sin alma?
¿Por qué tus hijos,
con celulares brillantes en la mano,
han olvidado el idioma del viento
y el llanto de los abuelos?

Yo he visto los pueblos
temblar bajo gobiernos que mienten,
los campos vacíos,
los niños pastando sueños como ovejas,
los ríos envenenados de oro,
los maestros pidiendo limosna de respeto,
y los que más roban,
llenando estadios con aplausos.

Desde aquí —oh, generación del hoy—
yo grito sin garganta,
con el pecho desnudo al frío
y la frente herida por tanto pasado.
Escúchenme.
No todo está perdido.
Pero si no lloran por su patria,
si no sienten este poema como un puñal suave,
el Perú que aman solo será una sombra
entre montañas cansadas.

Dejo mi palabra como legado,
mi tristeza como advertencia,
mi nostalgia como semilla.
Tal vez,
algún día,
alguien suba también a este Salqantay,
y al tocar la nieve,
entienda que este país…
valía la pena salvarlo.

Junio 2025.

LOS HILOS DEL OCASO

(Desde un rincón del Cusco)

Por: Oblitas Ventura.

En la esquina violeta del viejo Cusco,
donde el sol se enreda en tejas ardientes,
un titiritero de manos oscuras
mueve los hilos de vidas ausentes.

Sus muñecos bailan sin voz ni canto,
con ojos de tela y sonrisa prestada:
uno es juez, otro general,
y uno, pequeño, finge ser escuela callada.

El pueblo observa, a veces se ríe,
pero en la danza se esconde un dolor,
pues esas marionetas sin alma ni aliento
repiten discursos sin ningún fervor.

¿Quién es el titiritero? Nadie lo sabe.
Su rostro se esconde bajo el sombrero.
Pero sus dedos tensan destinos,
como si el mundo fuera un tablero.

Negocia con gestos, con vanas promesas,
con trinos vacíos y aplausos robados;
y cuando la tarde tiñe de sangre el cielo,
se guarda en el pecho sueños quebrados.

¿Será un político, será la historia,
o el tiempo jugando su azar eterno?
Mientras los muñecos, pobres ilusos,
siguen creyendo que bailan su anhelo.

CUZCO, MAYO 2025

"EL TITIRITERO DEL ATARDECER"

(Poema con realismo mágico desde el Cusco)

Por: Oblitas Ventura.

En un rincón dormido del Cusco antiguo,
donde las piedras respiran siglos
y el viento habla en quechua con los balcones,
aparece, cada tarde, el Titiritero.

Nadie sabe de dónde viene.
Dicen que nació de una nube
que lloró sobre un cóndor herido.
Otros, que es hijo de un eco
que escapó de la catedral.

Lleva un sombrero que no tiene sombra
y en su pecho cuelga un reloj sin manecillas.
Sus dedos —largos como ramas secas—
manejan las cuerdas con arte de hechicero.

Y los muñecos…
¡Ay, los muñecos!
Bailan con huesos de trapo,
con risas bordadas de mentira,
con trajes de gala hechos de promesas.
Uno grita como presidente,
otro reparte justicia sin balanza,
uno reza sin alma,
otro vende su nombre a cambio de oro falso.

El pueblo mira,
pero no ve;
aplaude,
pero no siente.

Porque en el aire flota algo extraño:
una nostalgia que huele a pólvora antigua,
a sangre de alpaca en día de feria,
a libros quemados por error.

El Titiritero no habla.
Pero si lo miras bien,
verás que sus lágrimas son hilos también.
Y cuando el último muñeco cae dormido,
él recoge sus cuerdas como quien entierra hijos.

Dicen que a veces negocia con el viento:
vende ideales a cambio de aplausos,
compra silencio con dulces de feria,
y al final, siempre gana la risa…
una risa que muerde por dentro.

Cuando el sol se va detrás del Ausangate,
el Titiritero desaparece.
Solo quedan las cuerdas flotando
como venas sin cuerpo.
Y un murmullo entre las piedras susurra:

"No hay peor títere que el que ama sus hilos…"

Cuzco, mayo 2025.

DESDE URATARI, AMOR A LOS ANDES.
Por: Oblitas Ventura

Desde Uratari miro tu esplendor,
Pampahuaylla, canto del corazón,
te cubre la bruma con su candor
y el río susurra su bendición.

Desde Uratari nace estos versos,
tejida en los surcos del alma fiel,
tus campos se alzan con devoción
bajo el gran Salqantay de nieve y miel.

Desde Uratari vibra mi raíz,
como la semilla en flor de chacra,
mi amor se desborda, firme y feliz,
cuando tu verdor la pena abraza.

Desde Uratari rimo por ti,
madre de leyendas, sol y verdor,
tu nombre en mi pecho quiere latir,
¡Pampahuaylla eterna, tierra de amor!

¿QUÉ ES LA VIDA?

Por: Oblitas Ventura.

¿Qué es la vida?, me preguntan,
cuando el alba toca el viento,
cuando el río va cantando
sus secretos en silencio.

Es camino, es polvo y huella,
es abrirse como flor,
es la risa de una abuela,
es herida… y es amor.

Es sembrar sin ver el fruto,
es creer sin comprender,
es un niño que dibuja
lo que aún va a suceder.

Es caer y levantarse,
es perder y luego hallar,
es llorar por lo que falta
y dar gracias al andar.

Es un canto entre los cerros,
una estrella en soledad,
un "te quiero" que se queda
cuando ya no hay quien mirar.

¿Qué es la vida? Es ese instante
que se escapa y vuelve a ser.

Es un puño de esperanza
que se riega al renacer.

JUNIO 2025

URATARI, TE LLEVO DENTRO COMO UN CANTO ETERNO

(Versos, desde el alma) -Oblitas Ventura

Yo no camino solo… tú vas en mis pasos,
Uratari del cielo, raíz de mis trazos.
Tus muros respiran el alma del cerro,
y en cada rincón siento amor verdadero.

Aquí no hay diamantes, pero hay corazones
que laten más fuerte que mil bendiciones.
Tus chavales me miran con ojos de estrellas,
y en sus cuadernos florecen centellas.

La helada me toca, el granizo me grita,
pero tú me sostienes, colegio bendito.
Tu pizarra no es pizarra: es altar encendido,
donde escribo esperanzas con cada latido.

Tus aulas son nidos de vuelos sinceros,
donde el frío se vence con sueños enteros.
La pluma no enseña, sino que acaricia,
y la voz que comparto, también me reinicia.

Tu pueblo sencillo —mi pueblo ahora—
me da su ternura, su sopa, su hora.
Y yo, que respiro tus huellas descalzas,
te entrego mi canto, mi fuerza y mis ansias.

Tus techos de lata resisten tormentas,
pero bajo ellos el alma se encuentra.
Treinta años de encomias, y aquí me arrodillo,
porque tú me enseñaste a ser más que un hijo.

Yo no soy maestro: soy parte del suelo
que abraza tus días, tus lunas, tu anhelo.
Y mientras respires, te llevo en el pecho,
Uratari querido, mi sagrado derecho.

Uratari, Julio 2025

CUANDO EL VIERNES HIERE LA NEBLINA
Por: Oblitas Ventura

En Uratari,
la madrugada se viste de humo frío,
y las luces, cansadas,
se encienden apenas,
como luciérnagas atrapadas en un frasco de invierno.

Gallos de cobre lanzan su voz
contra el cielo aún dormido,
las aves responden con alas de hilo,
y los perros, en las esquinas,
ladran al borde invisible de las sombras.

De pronto,
una voz de mujer,
inocente y tibia como pan recién hecho,
cruza la bruma
y deja en el aire un hilo de calor.

Entonces la bocina del viernes,
larga, metálica, inevitable,
rompe el hechizo,
y la aldea despierta
con pasos húmedos,
con el murmullo del mercado,
con la prisa que ahuyenta los últimos sueños.

Pero la neblina,
como un guardián antiguo,
guarda para sí
ese instante secreto
donde la vida y el sueño
todavía se tocan.

AGOSTO 2025

POEMAS DE LOS ESTUDIANTES

APU SALQANTAY, GUARDIÁN DE MIS SUEÑOS

Por: Yeni Isabel. 5to Sec.

¡Oh, mi colegio Apu Salqantay!,
cumbre dorada que cumple
treinta vueltas al sol,
forjando manos firmes
y mentes que vuelan alto.

En tus aulas florecí,
como semilla en tierra fértil;
bebí la luz de mis maestros,
sembradores de saber
y artesanos de esperanza.

¡Apu Salqantay!
Caminas a mi lado,
sigamos tejiendo caminos
de valores que no mueren,
de honores que no se olvidan.

En tus patios guardo
la risa traviesa de mi niñez,
el eco de los recreos,
la complicidad de mis amigos
y el vuelo libre de mis sueños.

Gracias, alma mater querida,
por ser templo humilde y sabio,
por darme raíces profundas
y alas para el porvenir.

En mi corazón vivirás,
como nevado eterno
que abraza al pueblo
y cuida a sus hijos.

AL FRENTE DEL TAYTA APU SALQANTAY HAY UNA MARAVILLA

Por: Margarita (Deysi) – 5.º Sec.

Al pie del Tayta Salqantay, montaña encendida,
se abre un rincón de ensueño, refugio de mi vida;
la primavera llega pintando mil colores,
y el viento trae perfumes de rosas y de flores.

Cuando amanece el día y tu sombra me arropa,
los pájaros despiertan, la brisa me galopa;
con mis cuadernos firmes camino ilusionada,
llevando en la mochila mi fe bien aferrada.

En tus aulas queridas me siento protegida,
soy tu hija pequeña, de mirada encendida;
a veces distraída, tropiezo en el sendero,
soñando con la letra que escribo con esmero.

Las kantutas me cuentan historias de mi infancia,
de juegos y aprendizajes llenos de importancia;
crecí con disciplina, con risa y algún reto,
y guardo cada instante como un tesoro quieto.

Hoy mi corazón late con noble gratitud,
por tu abrazo constante y tu sincera virtud;
te llevo en mis latidos, maestro y compañero,
y aunque lejos me vaya, te quedas, semillero.

SUEÑOS TEJIDOS EN LA TIERRA DEL SALQANTAY

Por: Luis Ángel 5to. Sec.

Bajo la sombra sabia de un árbol milenario,
frente al Tayta Apu Salqantay, guardián legendario,
mi pensamiento vuela como cóndor al viento,
buscando en el horizonte mi propio cimiento.

Mi comunidad palpita con corazones tejidos,
como mantas de lana, en abrazos unidos;
sus costumbres florecen como flores de ichu,
y sus sueños navegan en ríos de kichwa.

En el colegio, nido donde cantan las horas,
se siembran saberes que el alma atesora;
sus aulas son chacras donde germina la ciencia,
regada con risas y dulce paciencia.

La comunidad vibra con un pulso sagrado,
como el tambor que anuncia fiesta en el prado;
y al pie del apu, gigante y nevado,
se forjan caminos de amor respetado.

Porque aquí, entre montañas y canto de estrellas,
crecemos siguiendo sus sendas más bellas;
y el corazón del pueblo, firme y sereno,
late soñando un futuro pleno.

POESÍA A MI COLEGIO

Por: Marleni – 4to. Sec.

Querido colegio mío,
morada de mi alegría y mi canción,
en tus patios juego y río,
eres luz que habita en mi corazón.

Llegué a ti con apenas siete abriles,
y sin notarlo, el tiempo voló;
han sido días claros y gentiles
que mi alma y carácter formó.

Soy Marleni, y me siento orgullosa,
te llevo como un jardín sagrado,
donde cada rosa fragante y hermosa
es un sueño que has cultivado.

Tus maestros y el rector, con paciencia,
me dieron afecto y comprensión;
son faros que guían mi conciencia
y guardo en mi corazón.

Le pido a Dios su bendición constante,
para que su luz los acompañe siempre,
y sigan sembrando, en cada instante,
la semilla que al porvenir nos siembre.

MI QUERIDO COLEGIO

Por: Soraida – 4to. Sec.

Colegio mío, pedacito de cielo,
donde aprendí a soñar sin miedo;
en tus paredes guardo mi infancia,
y en tus aulas mi confianza.

Te amaré, aunque pasen los años,
aunque el tiempo me lleve a otros paños;
porque en tus patios quedó mi risa,
y en tus pasillos, mi alma sumisa.

Tus jóvenes son como hermanos del alma,
tus maestros, voz que aconseja y calma;
tus niños, alegría que nunca se apaga,
tu esencia, un refugio que siempre me ampara.

Y cuando parta hacia mi destino,
llevaré tu nombre en mi camino;
porque tu bondad, suave y callada,
será para siempre mi morada.

MI COLEGIO, MI HOGAR

Por: Yasmín – 4to. Sec.

En mi colegio, al pie de la montaña,
crecí como qantu que al sol se acompaña;
allí aprendí a soñar y a vivir,
como río que corre buscando el porvenir.

En sus patios claros, al canto del viento,
florecieron amigos, raíces del tiempo;
y entre las aulas, con voz encendida,
hallé la sabiduría que guía mi vida.

Con mis maestros caminé la jornada,
águilas firmes que alzan la mirada;
con mis compañeros, risa compartida,
tejimos recuerdos que nunca se olvidan.

Mi colegio fue siempre mi hogar sagrado,
hogar de ternura, de amor sembrado;
allí la amistad, cual estrella que arde,
iluminó mi camino y lo hizo grande.

URATARI, AMOR QUE NO SE APAGA

Por: Sergio. 5to. Sec.

En el regazo del apu Salqantay nació mi amor por ti,
y desde entonces tu nombre vive prendido en mi voz.

El cerro Pichu guarda mis suspiros bajo su corona verde,
mientras el viento lleva mis cartas por tus callecitas de adobe.

Pajaritos cantan en las ramas del amanecer,
y cada trino parece decirme que vuelvas a mis brazos.

Tus manos siembran maíz, papa y quinua,
y yo aprendo que amar es dar vida con paciencia y ternura.

En la fiesta patronal, los vasos de chicha se alzan al cielo,
brindando por tu risa que nunca olvidaré.

Tus techos rojos arden como brasas en mi memoria,
y la neblina se arrodilla para besar tu plaza.

Los árboles susurran tu nombre en plegarias de rocío,
y mis lágrimas se confunden con la lluvia que te abraza.

Bajo la mirada eterna del Salqantay,
te juro un amor que vivirá más allá del tiempo.

RECUERDOS DEL COLEGIO

Por: Brisayda 2do. Sec.

El colegio no es solo paredes y pizarras,
es el lugar donde mi infancia creció,
donde aprendí a soñar y a luchar,
donde la risa se unió con el saber.

En inicial descubrí el mundo jugando,
en primaria desperté la curiosidad,
y en secundaria, entre cambios y desafíos,
aprendí que la vida exige valor.

Los maestros me guiaron con paciencia,
los amigos dejaron huellas de amor.
Hoy sé que cada recuerdo es semilla
y que en mi colegio floreció mi voz.

En cada recreo guardé alegrías,
en cada examen vencí el temor,
y entre cuadernos, canciones y sueños,
fui tejiendo futuro con dedicación.

El colegio es camino y esperanza,
casa de sueños y memorias que viven en mí.
Aquí descubrí quién soy y quién seré,
aquí empezó la historia que aún sigo escribiendo.

Y cuando mire atrás con ternura,
sabré que en sus aulas aprendí a volar,
porque mi colegio no fue solo escuela:
fue hogar, fue raíz… y siempre lo será.

URATARI, TIERRA DONDE NACÍ

Por: Florelinda – 2do. Sec.

Uratari querido, cuna de ilusión,
cincuenta y un años de historia y pasión.
Con raíces firmes, de suelo andino,
tu pueblo camina seguro en su destino.

En ti se levantan cosechas doradas,
y el canto del río bendice tus mañanas;
tu cielo despeja con rayos de sol,
y en tus montañas florece el amor.

Tu gente trabajadora, noble y leal,
con manos de barro construye el panal;
con sudor y fuerza forjaron tu andar,
y con esperanza te hicieron brillar.

Tu cultura es canto, danza y poesía,
recuerdos antiguos que dan alegría;
en tus fiestas vive la tradición,
y en cada corazón late tu canción.

Has vivido luchas, caminos de fe,
pero tu esperanza nunca se fue;
logros y sueños supiste alcanzar,
con perseverancia vuelves a brillar.

Eres memoria que nunca se olvida,
eres presente que enciende la vida;
eres futuro sembrado de amor,
¡mi Uratari eterno, mi pueblo de honor!

Uratari, tierra donde yo nací,
orgullo y ejemplo que vive en mí.
Tu nombre resuena con fuerza y calor,
¡mi pueblo querido, mi eterno sol!

APU SALQANTAY, COLEGIO AMADO

Por: Luz Clarita – 2do. Sec.

En Patallacta, valle de soles,
te levantas brillante, colegio mío.
Te cuidan los cerros guardianes,
el sabio Apu Salqantay
y el Picchu silencioso,
como dos brazos que protegen mi infancia.

Eres mi luna de plata,
mi estrella que nunca se apaga.
En tus aulas sembré colores,
palabras que vuelan como aves,
sueños que crecen como maíz dorado.

Mi colegio florece
como rosa encendida en la montaña,
cada pétalo es una alegría,
cada espina, una enseñanza,
cada aroma, un recuerdo que no muere.

Gracias por ser río que enseña,
árbol que cobija,
nido que abre sus alas
para que yo también aprenda a volar.

Te quiero, colegio mío,
te nombro en mi canto,
te guardo en mi pecho.
Eres raíz y eres vuelo,
eres mi cumbre sagrada:
mi colegio Apu Salqantay eterno.

CUANDO TE CONOCÍ

Por: Susana – 2do. Sec.

Cuando te conocí…
sentí que quería ir más lejos,
cruzar contigo un puente secreto,
y que tú me miraras
no solo como amiga,
sino como un suspiro guardado
en el rincón de tus sonrisas.

Cuando reías…
tu risa robaba mi mirada,
y alrededor de ti
todo florecía como un jardín
despertando en primavera.

En cada abrir y cerrar de ojos
descubrí mi presente,
y mi pasado dolido se borraba;
lo que fue sombra y silencio
se volvía canto y colores,
como un arco iris
naciendo después de la tormenta.

Cuando te conocí…
la noche se hizo aurora,
la tristeza se volvió esperanza,
y comprendí que tu llegada
cambió para siempre mi vida.

POESÍA A MI PUEBLO

Por: Yanila Shiomara – 2do. Sec.

Mi pueblo es un lucero,
una estrella encendida
que ilumina mis caminos
como un sol de esperanza.

Cada amanecer,
los pajaritos levantan su canto,
y en sus alas florece la alegría,
porque aquí habitan la paz y la ternura,
aquí palpita la luz de la vida.

Cuando la lluvia acaricia la tierra,
las flores despiertan radiantes,
y el campo sonríe
con mil colores nuevos.

Te amo,
mi querido pueblo **Uratari**,
nido de sueños,
raíz de mi corazón eterno.

MI PUEBLO, PEDACITO DE CIELO

Por: Edy – 2do. Sec.

La luna llena…
camina sobre la noche
con su brillo azul y de plata,
con botas de hojalata
y un coche que recorre
los sueños de los cerros
y los ríos dormidos.

La luna sonríe…
y conversa con los apus,
mientras el viento mece los maizales
y los pajares cantan en silencio.

Así es mi pueblo…
mi querido **Uratari**,
un lucero en la tierra…
un pedacito de cielo
donde los sueños florecen…
y la esperanza nunca se apaga.

A MI COLEGIO

Por: Jhonatan – 4to Sec.

Yo camino hacia ti cada mañana,
colegio mío,
y siento que el Apu Salqantay me mira
con sus ojos de nieve eterna.

Tus aulas son como chacras sembradas de luz:
allí planto mis dudas,
allí brotan mis sueños,
como maíces dorados que maduran en silencio.

En tu patio grande resuena la vida,
el viento juega con nuestros pasos
y las risas se levantan
como pájaros que saludan al sol.

Yo aprendo en tus raíces,
me abrazo a tu sombra,
y cada palabra nueva que escucho
es un río que me enseña a fluir.

Apu Salqantay 50138,
en tu nombre late mi orgullo:
eres casa de mi canto,
semilla de mi futuro,
puente hacia un mañana limpio
como agua de manantial.

Yo no olvido que contigo camino,
colegio querido,
porque en ti aprendo a vivir
y a soñar como hijo de la montaña.

URATARI EN MI CORAZÓN

Por: Eloy 1ro. Sec.

Pueblo mío, tan amplio y fuerte,
Un cerro inmenso me abraza cada día.
En las mañanas, la helada me despierta,
Bajo la niebla blanca camino como en nube.
Las lomas se levantan como el Apu Salqantay,
Oro de mi cuna, riqueza natural que brilla.

Desde lo alto, el sol ilumina mi camino,
El bosque canta cuando la luz lo toca.

Un ardiente sol enciende mi esperanza,
Rocas eternas cubren la ladera inmensa.
Aquí guardo mi vida, mi historia y mis sueños,
Tierra sagrada que late en mi corazón.
Amo tu nombre en cada amanecer,
Resplandece Uratari, mi orgullo andino.
Inmortal serás, mientras yo te nombre.

CONCURSO NACIONAL- JUEGOS FLORALES - EN POESÍA

NOMBRE DE LA ESTUDIANTE: HUAMANI QUISPE, Florelinda Yosmily
INSTITUCIÓN EDUCATIVA: 50138 APU SALQANTAY - URATARI
CATEGORIA: "E".
1er. Lugar- Etapa UGEL: ANTA
1ra. Mención Honrosa – Etapa Regional - DRE: CUSCO

"CUANDO NICOMEDES HABLÓ"

(Poesía desde la voz de una joven)

Cuando Nicomedes habló,
algo en mi pecho despertó:
una palabra dormida,
una raíz no comprendida,
una tambora en mi voz.

Su verso ardía sin miedo,
con ritmo de calle y cielo,
con furia, con esperanza,
con una negra bonanza
que hizo danzar hasta el duelo.

No era solo un decimista,
era historia y fue verdad,
una voz que resucita
la escondida dignidad
de todo aquel que resista.

Yo, que escuché en el papel
su palabra como un río,
sentí que al fin era mío
este Perú de la piel
y del canto compartido.

Hoy también quiero cantar
con orgullo en la mirada,
con mi tierra iluminada
y el coraje de soñar
como él soñó su jornada.

Asesor: Prof. Orletaz Mamani Ventura.

CONCURSO NACIONAL - JUEGOS FLORALES -EN POESÍA

NOMBRE DE LA ESTUDIANTE: HUAMAN ZAMATA, Deysi Celeste
INSTITUCIÓN EDUCATIVA: 50138 APU SALQANTAY - URATARI
CATEGORIA: "F"
1er. Lugar- Etapa UGEL: ANTA
2do. Lugar – Etapa Regional - DRE: CUSCO

"SOY SEMILLA DE TU CANTO, NICOMEDES"

(Poema - homenaje a Nicomedes santa cruz)

En el eco de un cajón olvidado
te encontré, maestro de la palabra.
Tu voz, de lucha y tambor forjada,
retumbó fuerte en mi pecho callado.

Me hablaste con fuerza, con claridad,
de ancestros, de historia, de resistencia,
de cómo el arte puede ser verdad
y la poesía también conciencia.

Tu décima no solo fue estructura,
fue viento de justicia entre cadenas,
fue canto que cura las hondas penas
de quien camina con piel de ternura.

Y yo, joven de pueblo y de memoria,
escuché tu verso como promesa:
que escribir también puede ser victoria
y el color una flor que nunca cesa.

Por eso hoy mi cuaderno se ilumina,
y en cada verso que el alma pronuncia,
siento que tu voz se me adivina
como herencia viva de la denuncia.

Eres raíz, semilla y horizonte.
Yo soy brote que en tu canto florece,
porque al nombrarte, Nicomedes, monte
de dignidad en mi sangre amanece.

Asesor: Prof. Orletaz Mamani Ventura.

POEMAS DE DOCENTES DE LA INSTITUCIÓN EDUCATIVA 50138 APU SALQANTAY DE URATARI

SOLILOQUIO DE HERMANDAD

Por: Prof. Rocío Judith Pezo Rivera.

Me detengo en mi pueblo pequeño y sincero,
donde el sol nos abraza primero
y las calles guardan memorias que hablan.

El río canta con voz cristalina,
la tierra fértil nos regala la vida,
y en los rostros descubro bondad:
somos comunidad, somos hermandad.

Bajo un cielo de fiesta y colores,
brotan sonrisas, florecen corazones,
porque aquí todo es verdad:
trabajo, cariño y unidad.

Camino y siento la fuerza del viento,
que une los sueños en un mismo aliento;
somos raíces, somos destino,
unidos sembramos el mismo camino.

Siento que juntos andamos el mismo andar,
compartimos el pan y el soñar;
la esperanza florece en nuestro abrazo,
porque unidos siempre hallamos el paso.

Comunidad mía, abrazo fraterno,
hogar de amistad que será eterno.

APU SALQANTAY: CUNA DE SABERES

Por: Prof. Rocío Judith Pezo Rivera

En la cima sagrada del Apu Salqantay
se alza mi escuela, con fuerza y bondad,
farito de luz en nuestra comunidad,
que guía caminos de paz y verdad.

Niños y niñas, con sueños despiertos,
aprenden felices saberes diversos;
guardan en el alma cultura y raíz,
orgullo del pueblo que lucha y es feliz.

Apu nevado, testigo eternal,
protege esta escuela con manto inmortal;
crece en valores, en ciencia y amor,
sembrando futuro, cosecha de honor.

Hoy celebramos con canto y unión
a nuestra escuelita, semilla y canción.
¡Feliz aniversario, querido Apu Salqantay!
tu nombre nos llena de fuerza y de paz.

ESCUELA QUERIDA, FIESTA DE LUZ

Por: Prof. Rocío Judith Pezo Rivera

En lo alto del cielo,
bajo el manto del Apu,
mi escuela querida
brilla como un lucero
que enciende alegrías.

Jugando y cantando
tejemos saberes,
con fuerza en las manos,
con cariño en el alma,
crecemos siempre firmes.

El Apu Salqantay,
guardián de la nieve,
abraza este hogar
que germina semillas
y sueña futuro.

¡Feliz aniversario,
con gozo y unión!
A nuestra escuelita
le entregamos la vida,
le damos el corazón.

MAESTRO DE URATARI

Por: Prof. Luis Ozorio Mayta

En lo alto del valle, donde el viento reposa,
y el Salqantay blanco la tierra hermosea,
se alza un colegio humilde, firme como el cielo,
donde un maestro enciende futuro y anhelo.

Con poncho en los hombros, con pasos callados,
camina sereno por cerros sagrados.
No teme al granizo ni al frío punzante,
la escarcha del alba le es fiel acompañante.

Sus aulas respiran la tierra y la historia,
sus libros se elevan con fuerza y memoria.
Los niños lo esperan con ojos de estrella,
soñando horizontes de luz y centella.

Habla en quechua y en castellano claro,
teje saberes cual telar sagrado.
De Pachamama a los ríos del tiempo,
del cóndor que observa al pueblo en silencio.

Desde Limatambo hasta el nevado altar,
su nombre resuena cual limpio manantial.
No busca honores ni glorias doradas,
le basta una risa y manos alzadas.

Porque en cada letra que logra encender,
el alma del Ande renace al crecer.
Y aunque su jornada concluya en silencio,
su huella en la sierra florece en el tiempo.

Maestro del campo, guardián del saber,
en Uratari tu entrega es poder.
Bajo el Salqantay, gigante y eterno,
tu voz es semilla, calor en invierno.

A MI COLEGIO

Por: Prof. Irma Meza Guillén

Bajo el cielo azul de mi colegio
despierta cada día un nuevo sol;
el murmullo alegre de los patios
se enciende como canto de ilusión.

Tus pasillos guardan huellas vivas,
eco de pasos, voces y amistad;
y en el silencio tibio de las aulas
florece siempre la verdad.

Con respeto, con ternura y con empeño
me enseñaste a soñar y a crecer;
eres raíz que abraza la memoria,
eres faro, esperanza y renacer.

¡Oh colegio mío, nido de esperanza!
en ti sembré mi infancia como flor,
y hoy te nombro, orgullosa y agradecida,
porque en tu suelo aprendí el valor del amor.

EN TU DÍA, COLEGIO "APU SALQANTAY"

Por: Prof. Irma Meza Guillén

Hoy en tu día, colegio querido,
alzo mi canto con gratitud,
porque en tus aulas florece la vida
y en tu enseñanza germina la luz.

Tus pasillos guardan la memoria
de risas, juegos y amistad;
cada rincón es un testimonio
de esfuerzo, de fe y de unidad.

Bajo la mirada del Apu sagrado,
eres semilla, cumbre y raíz;
con tu voz despiertas esperanzas,
con tu ejemplo nos guías feliz.

¡Feliz aniversario, colegio amado!
Que sigas sembrando, año tras año,
mentes claras y corazones nobles,
orgullo eterno de nuestro pueblo andino.

URATARI EN TU DÍA

Por: Prof. Irma Meza Guillén

Mi querido pueblo de Uratari,
cuna sagrada de mi poesía,
tierra al pie del majestuoso Apu Salqantay,
guardada por montañas y ríos de armonía.

En tus mañanas despierta el sol brillante,
y el canto dulce de los pajarillos
teje la esperanza en cada hogar humilde,
mientras florecen risas y sueños sencillos.

Tus paisajes son lienzos de ternura,
tus noches, un cielo de estrellas que guían;
en tu abrazo, mi alma se hizo canto,
y mi primer verso nació con tu vida.

¡Viva mi tierra, raíz de mi canto!
¡Viva Uratari, semilla y canción!
en tu nombre laten mis recuerdos,
y en tu destino palpita mi corazón.

LLEGÓ LA PRIMAVERA

Por: Prof. Irma Meza Guillén

La niebla danza suave en Uratari,
Latiendo en el pecho de mi pueblo andino.
El Apu Salqantay, guardián milenario,
Guía los sueños con su aliento divino.
Órbita el sol y despierta la vida.

Las chacras se visten de verde esperanza,
Aromas de tierra perfuman la infancia.

Pajarillos cantan en claros del día,
Ríos susurran canciones sagradas,
Inmensos paisajes renacen con flores,
Mariposas tejen colores al alba.
Ansias de siembra laten en el viento,
Voces del pueblo celebran su herencia,
En cada rincón florece el recuerdo,
Raíz de cultura, memoria y esencia.
Así en Uratari la primavera canta,
unida a la niebla, la montaña y el alma.

CONCURSO NACIONAL DE LA NARRATIVA EN LENGUA CASTELLANA
"JOSE MARIA ARGUEDAS" 2025 - CUENTO
1ra. MENCIÓN HONROSA ETAPA UGEL ANTA - CATEGORÍA "B"
NOMBRE DE LA ESTUDIANTE: Katy Susana Basilio López.

"EL DÍA QUE EL CERRO HABLÓ"

Cuento

Mi nombre es Katy y tengo catorce años. Vivo en Uratari, un pueblito escondido entre los brazos del Apu Salqantay, donde la neblina llega temprano, como lana que te arropa, y el río murmura secretos que solo los árboles entienden. Aquí, todo canta: el viento, los burros, las flores, hasta el maíz cuando brota.

Las casas de barro tienen corazón, y los cerros nos miran como abuelos. En Uratari no hay reloj, pero sabemos la hora por el canto del gallo, por la sombra de las montañas y por los cuentos que vuelven con cada estrella. Cada domingo, después de la misa, las mujeres tejen en la plaza, los niños jugamos a la soga, y los abuelos cuentan historias de cuando los apus caminaban entre nosotros.

Mis mejores amigas son Florelinda, la más risueña; Luz Clarita, que siempre anda con un cuaderno en la mano y mil preguntas en la cabeza; y Flor, que conversa con las plantas como si fueran sus hermanas. Juntas formamos un pequeño grupo de guardianas del pueblo. Nosotras soñamos con una comunidad donde nadie destruya, donde todos siembren con el corazón y escuchen a la Pachamama.

Pero ese sueño parecía cada vez más lejano.

Desde hacía meses, algo raro ocurría. Las lluvias no llegaban. Las hojas de los eucaliptos se caían sin fuerza. Las ovejas estaban tristes y el río bajaba tan flaco que parecía un hilo de agua. Los mayores solo decían que el mundo andaba cambiando, que "la tierra ya no aguanta tanto maltrato".

Una tarde, mientras ayudábamos a regar la chakrita comunal con nuestras ollitas y baldes, vimos a don Claudio, el sabio del pueblo, hablando con otros comuneros. Tenían rostros duros y miradas bajas.

—El ojo de agua del Picchu se está secando —dijo uno.

—Hay algo allá arriba que no quiere hablar... o que está herido —respondió otro.

Nosotras, escondidas tras un molle, escuchamos todo.

—¿Y si vamos nosotras? —dijo Florelinda, siempre valiente.

—Quizá podamos ayudar… —susurré.

Esa noche, mientras regresábamos por el sendero del maizal, lo vimos. En el cerro de Picchu, parado sobre una piedra grande, apareció un gallo de fuego, con plumas que ardían sin quemarse y ojos como dos estrellas tristes.

—¡Ay, ¡qué es eso! —gritó Luz Clarita.

—¡Shhh! —le dije yo, temblando, pero sin miedo—. ¡Es un mensajero!
El gallo cantó. Un canto largo, profundo, que hizo vibrar el suelo. Y luego habló, como en un sueño:
—Katy, tú y tus amigas han sido escogidas. El equilibrio se ha roto. La codicia ha enfermado la tierra. Pero hay una oportunidad. Un puente invisible entre el mundo de los humanos y el mundo de los seres antiguos se abrirá esta noche, solo si ustedes están dispuestos a caminar sin miedo...
—¿Y qué debemos hacer? —preguntó Florelinda.
—Ir donde nadie ha ido desde los tiempos del abuelo sol: al corazón del cerro, donde duerme el ojo de agua sagrada. El sumaq ñan debe restaurarse.
Nos miramos. Ninguna dudó.
Comenzamos el ascenso bajo una luna que parecía seguirnos. El viento nos susurraba nombres antiguos, los árboles se abrían a nuestro paso, y cada piedra parecía palpitante. Era como si toda la montaña supiera lo que hacíamos. Un zorro se nos cruzó en silencio. Un cóndor giró sobre nuestras cabezas. Llegamos a una quebrada donde las piedras tenían rostros, y debíamos cantar una vieja canción que nuestras abuelas nos enseñaron para que se abrieran. Flor la entonó con voz temblorosa, y las piedras se movieron.
Al llegar a la cima, una grieta se abrió, y de ella brotó una luz celeste. Entramos. Adentro no era oscuro, sino brillante como un sueño. Caminamos entre raíces gigantes y mariposas de fuego. Había voces suaves que nos hablaban en quechua antiguo, y flores que se abrían al paso de nuestras palabras.
Llegamos a un claro donde una laguna pequeña flotaba en el aire, rodeada de plantas que cantaban bajito. Allí nos esperaba el gallo de fuego.
—Esta es la fuente de la vida —dijo—. Está muriendo. Solo el corazón limpio puede despertar esta agua dormida.
—¿Y cómo se hace eso? —dijo Flor, ya con lágrimas en los ojos.
Entonces sentí dentro de mí una fuerza antigua. Como si la voz de mis abuelas hablara por mi boca.
—Debemos entregarle lo más valioso que tenemos.
Y sin pensarlo más, saqué de mi pecho la cintita roja que mi madre me amarró desde que nací, "para que siempre recuerdes de dónde vienes". Florelinda dejó su zampoña, Luz Clarita su cuaderno con poemas, y Flor una pequeña bolsita de semillas que siempre guardaba.

Cuando nuestras ofrendas tocaron el agua, esta brilló con tanta fuerza que nos tumbó al suelo. La montaña tembló. Afuera, el cielo estalló en relámpagos de colores. ¡El río volvió a correr! ¡Los animales saltaron! ¡Las flores despertaron cantando!

El gallo de fuego nos miró una vez más y, antes de desaparecer entre chispas doradas, dijo:
—Ustedes han restaurado el camino. Ahora enseñen a los demás a caminarlo.
Desde entonces, Uratari florece. Los mayores han vuelto a sembrar con respeto. Los niños juegan entre árboles nuevos. El río canta fuerte y el maíz crece alto como nunca. Nadie se burla ya cuando decimos que la tierra siente.
Nosotras, las guardianas, contamos nuestra historia a quien quiera escuchar. Organizamos mingas, sembramos en terrazas de colores, y cada niño tiene su propia bolsita de semillas. Don Claudio nos dio un espacio en la feria comunal para leer cuentos y compartir saberes. Hasta vienen niñas de otras comunidades a escucharnos. Soñamos con una escuelita donde se enseñe en quechua y castellano, donde los libros tengan alma y tierra.
Mi papá siempre dice que hay que leer a un tayta que entendía a los cerros como nadie: José María Arguedas. Él sabía que los animales, los hombres y las piedras se hablan con el alma. Las palabras de Arguedas nos acompañan siempre: "No hay modernidad sin alma", decimos.
Y cada vez que el sol se pone rojo, creemos ver, allá lejos en la cima, a un gallito brillante cantando entre las nubes.
Yo, Katy, sé que la utopía no es un sueño. La estamos sembrando, poquito a poquito, con cada gesto, con cada historia, con cada flor.

Narrada por: SUSAN.
Asesor: Prof. Orletaz Mamani Ventura.

CONCURSO NACIONAL DE LA NARRATIVA EN LENGUA CASTELLANA
"JOSE MARIA ARGUEDAS" 2025 - CUENTO
2do. LUGAR ETAPA INSTITUCIONAL - CATEGORÍA "B"
NOMBRE DE LA ESTUDIANTE: Florelinda Yosmily, HUAMANI QUISPE.

EL MACHUCHO DE LOS ANDES

En lo más alto de las montañas, donde la nieve nunca abandona las cumbres y los cóndores vigilan el cielo, se levantaba imponente el cerro Picchu, el más alto de Uratari, guardián de los pueblos y padre de las aguas. A sus faldas vivía un hombre al que todos llamaban el Machucho de los Andes. Su verdadero nombre ya pocos lo recordaban; para la comunidad, él era simplemente el sabio, el consejero, el que guardaba los secretos del viento. No era rico ni poderoso, pero su palabra era escuchada con respeto. Decían que había aprendido a conversar con los apus y que en sus sueños se encontraba con los ancestros.

Cierta vez, en medio de una reunión comunal, el Machucho habló con voz temblorosa, como si una espina estuviera clavada en su corazón:

—Hermanos… ¿por qué algunos ponen sobre otros lo que a ellos más les gusta, como si no doliera? Para mí es como si me atravesaran con un puñal en el pecho. Yo trato de dar siempre lo mejor de mí, pero a veces me siento golpeado, tocado en lo más profundo. No sé qué hacer. ¿Acaso soy el único que siente así?

Un silencio denso cubrió la plaza. Nadie respondió, pero todos comprendieron que hablaba del dolor humano que muchas veces se calla.

El Machucho, como para aliviar la pena, se retiró a las laderas del Picchu con su quena. Allí, frente a los apus tutelares, soplaba melodías de agradecimiento y tristeza. Su música no era solo música: era oración, llanto y semilla.

A veces cantaba en quechua:

Maypiyaq mamay,
Maypiyaq tayta, maypiyaq mama…
Nuqarikani mana mamayuq mana,
Tay tayaq hukpa churinta…

Y el eco se multiplicaba entre las quebradas, como si el mismo Picchu lo escuchara y respondiera.

Así transcurrieron los años. Cada vez que regresaba de las montañas, los niños de la comunidad corrían a su encuentro con panes de cebada y mates de muña. Para ellos, el Machucho era como un abuelo común.

Pasaron veinte años. Los niños de entonces ya eran jóvenes fuertes, y el Machucho partió finalmente hacia la eternidad. Lo enterraron en la ladera más alta del Picchu, desde donde podía mirar a la comunidad entera. Los mayores dijeron que su espíritu se quedaba en el viento, y en las noches claras algunos aseguraban escuchar todavía la quena.
Entre los jóvenes que crecieron bajo sus enseñanzas estaban Ernesto y José. Desde pequeños habían aprendido a trabajar la chacra, a respetar el agua y a no olvidar que el amor a la comunidad es más fuerte que el egoísmo.
—No olviden —les repetía el Machucho—: la tierra se defiende como a una madre, y los apus se agradecen como a un padre.
Ernesto y José no olvidaron nunca esas palabras.

Una noche de luna llena, mientras Ernesto cuidaba las ovejas en el potrero, vio a una joven de cabellos castaños y ojos como capulí. La luz plateada hacía que pareciera salida de un sueño. Su nombre era Urpi, la paloma.
Urpi no era de la comunidad; pertenecía a la hacienda vecina, con la que siempre había pleitos por agua y tierras. Pese a ello, algo en su mirada conmovió a Ernesto. Él la saludó con timidez, pero ella pasó de largo, como si no le importara.
Sin embargo, con el tiempo, ambos comenzaron a encontrarse junto al río. Al principio apenas cruzaban palabras, pero pronto compartieron risas, historias y silencios. Ernesto descubrió que también ella había escuchado hablar del Machucho, y que muchas veces, desde su lado de la hacienda, había oído la quena llorar en las alturas.
El amor entre los dos creció en secreto. Pero sabían que no sería fácil: las familias se miraban con desconfianza, y cualquier acercamiento podía despertar viejos rencores.

Un año de sequía golpeó la región. El agua escaseaba, las chacras se secaban y las disputas entre comunidades se encendieron. Los mayores querían cerrar los manantiales para unos y abrirlos solo para otros.
Fue entonces cuando Ernesto y José recordaron las palabras del Machucho:
—El amor y la unión son más fuertes que la ambición.
Ernesto, con valentía, pidió una reunión entre ambas comunidades. Allí confesó, delante de todos, su amor por Urpi. Hubo murmuraciones, gritos y hasta amenazas. Los padres de Urpi se opusieron, diciendo que jamás permitirían que su hija se uniera a un joven de "la otra comunidad".
Urpi, con voz firme, respondió:
—Yo no soy enemiga de nadie. Soy hija de la tierra y del agua, como todos ustedes. Si mi amor por Ernesto es un delito, entonces que me juzgue el mismo Apu Salkantay.

Sus palabras estremecieron a todos. Pero la tensión aumentaba. Parecía que el odio sería más fuerte que el amor.

De pronto, cuando la discusión estaba a punto de convertirse en pelea, un viento fuerte descendió del Picchu. Entre el silbido del aire, muchos escucharon claramente el sonido de una quena. Era la misma melodía que el Machucho solía tocar.
Los comuneros quedaron inmóviles. El viento soplaba con tanta fuerza que las antorchas casi se apagaron. Y en ese instante, todos recordaron las enseñanzas del anciano: "No siembren odio, siembren vida. El amor une lo que el rencor destruye."
El silencio se apoderó de la asamblea. Los ancianos miraron hacia la cumbre del Picchu, y comprendieron que el Machucho hablaba a través del viento.

Desde aquella noche, las comunidades dejaron de pelear por el agua. Juntos construyeron canales y compartieron las chacras. El amor de Ernesto y Urpi no solo fue aceptado, sino celebrado como símbolo de unión.
Años después, los dos jóvenes, ya casados, tuvieron hijos que crecieron escuchando la historia del Machucho y el poder de su quena. José, fiel compañero, se convirtió en un líder justo, que siempre recordaba a los comuneros que la fuerza de la comunidad estaba en la solidaridad.
Y cuando el viento recorre las montañas, todavía hoy, algunos aseguran que el Machucho sonríe desde lo alto del Picchu, porque su lección no se perdió: el amor y la memoria pueden vencer cualquier frontera.

CONCURSO NACIONAL DE LA NARRATIVA EN LENGUA CASTELLANA
"JOSE MARIA ARGUEDAS" 2025 - ENSAYO
1er. LUGAR ETAPA UGEL ANTA. - CATEGORÍA "C"
2do. LUGAR ETAPA REGIONAL – DRE CUSCO – CATEGORIA "C"
NOMBRE DE LA ESTUDIANTE: Deysi Celeste Huamán Zamata.

ENTRE EL CIELO Y LA CHACRA: SEMBRANDO PALABRAS COMO ARGUEDAS – (Ensayo)

Recuerdo que cuando era niña, mi abuelo hablaba con las montañas. No era un ritual extraño para nosotros. Le susurraba al Apu Salqantay, le contaba nuestras penas y le pedía consejo en quechua. Entonces entendí que las palabras, como las semillas, no solo brotan de la tierra: también florecen en el alma. Esa certeza la reencontré en los libros del tayta José María Arguedas, cuyas letras me ayudaron a comprender que nuestra lengua originaria no es una reliquia, sino una raíz viva que sostiene nuestras emociones, nuestras luchas y nuestros sueños.

Arguedas, ese hombre andino de alma mestiza, no escribió desde la distancia del antropólogo, sino desde el dolor y la ternura del hijo de una tierra partida en dos: la del blanco que impone y la del indígena que resiste. Como él mismo confesó en una carta: "Yo no soy un aculturado. Yo soy un indígena quechua que ha aprendido a expresarse en castellano" (Cartas, 2004, p. 119). Y es precisamente esa expresión la que lo hace único: no traduce el mundo andino al español, sino que lo deja hablar por sí mismo a través del español. Como cuando en Los ríos profundos escuchamos al joven Ernesto decir: "La voz del río era como la voz de mi padre muerto" (Arguedas, 1958, p. 37), frase que no es solo literaria, sino profundamente simbólica: el río y el padre se unen en un mismo canto ancestral.

Desde nuestra escuela rural en Uratari, donde las lluvias pintan los caminos y los niños aún juegan a la sombra de los eucaliptos, nos preguntamos: ¿cómo se mantiene viva la palabra andina en este mundo que la empuja al olvido? La respuesta la encontramos en la manera en que Arguedas sembró sus ideas como quien siembra papas en la altura: con cuidado, con memoria, con amor por la chacra. Cada uno de sus relatos, desde Yawar Fiesta hasta El zorro de arriba y el zorro de abajo, nos muestra que el encuentro de dos mundos no tiene por qué ser una guerra. Puede ser también un diálogo. Uno duro, sí, pero necesario.
En Yawar Fiesta, por ejemplo, la comunidad de Puquio se enfrenta a la imposición del gobierno de reemplazar el ancestral espectáculo taurino andino por una versión "civilizada". El pueblo resiste, no por terquedad,

sino por dignidad: "Esa fiesta es nuestra vida, nuestra música, nuestra sangre" (Arguedas, 1941, p. 102). Arguedas nos demuestra que detrás de cada fiesta, detrás de cada danza y cada palabra quechua, hay una historia que merece ser escuchada. No hay en su obra una visión romántica del mundo indígena, sino una comprensión íntima de su complejidad: sus dolores, sus contradicciones, su belleza.

Hoy que se habla tanto de diversidad cultural, me pregunto cuántos de esos discursos realmente nos incluyen. Porque como estudiantes del ande, muchas veces sentimos que nuestro español es corregido, nuestra lengua madre marginada, nuestras costumbres miradas con burla. Por eso escribir este ensayo es también un acto de afirmación: nuestras palabras tienen valor, nuestras historias también. Arguedas lo supo desde niño, cuando fue criado por los sirvientes indígenas de su madrastra y halló en ellos la ternura que el mundo blanco le negaba. Ese amor lo llevó a escribir como si tejiera una manta: con hilos de quechua, de dolor, de música y de esperanza.

Como jóvenes que vivimos entre el cielo y la chacra, sabemos que hablar dos lenguas no es una limitación, sino una riqueza. La lengua quechua no solo nombra cosas, sino que canta, sana, recuerda. En los cuentos de Arguedas como La agonía de Rasu Ñiti, la danza del wajt'a no es solo un espectáculo: es un trance espiritual, una forma de comunicación con los ancestros. "Las notas del arpa eran como voces que venían de la tierra misma" (Arguedas, 1962, p. 35), dice el narrador. ¿No es acaso eso lo que sentimos cuando nuestra abuela nos canta con voz quebrada una vieja tonada mientras desgrana maíz? ¿No es también literatura lo que ocurre en esas cocinas donde el castellano se mezcla con el quechua y con el humo del fogón?

En El zorro de arriba y el zorro de abajo, Arguedas retrata la violencia, la corrupción y la transformación del Perú moderno. A través de un diario personal que se entreteje con la ficción, vemos cómo los personajes viven en un mundo donde los valores tradicionales chocan con el avance feroz de la modernidad. En una de sus entradas más conmovedoras, escribe: "Quisiera cantar como el pájaro silvestre del amanecer, con las palabras que me quedan" (Arguedas, 1971, p. 52). Ese canto es un intento desesperado de no perder la conexión con su mundo interior, con sus raíces. Su prosa se vuelve casi oración, súplica, canto de despedida.

El mensaje de Arguedas, entonces, no es solo para leerlo en el aula, sino para vivirlo en comunidad. En su discurso en el Segundo Congreso de

quechua en 1965, afirmó: "La lengua quechua vive todavía en la palabra de los más puros, de los más grandes hombres de este país" (Congreso, 1965, p. 2). Al leerlo, sentí que hablaba de mi abuelo, de mi madre, de mis maestros y de mis compañeros. Habla de nosotros. Somos parte de esa grandeza. No por nuestros títulos ni por nuestras notas, sino por nuestra resistencia, por nuestra ternura, por nuestra manera de decir el mundo.

Por eso hoy, cuando escribimos, no lo hacemos solo para cumplir una tarea. Escribimos porque creemos que la literatura también puede ser una herramienta de justicia. Si Arguedas levantó su voz para defender al mundo andino con el poder de las palabras, nosotros también podemos hacerlo. Y no necesitamos escribir novelas. A veces basta con no callarnos cuando nos corrigen el quechua en el aula, o cuando nos piden no usar "palabras raras". Basta con recordar que el zorro de arriba y el zorro de abajo siguen dialogando dentro de nosotros, buscando un equilibrio que todavía no llega, pero que no dejamos de soñar.
Desde este rincón del Cusco, donde los caminos aún conservan el eco de los incas y los niños saludan a los apus antes de entrar a clase, le agradezco al tayta Arguedas por enseñarnos que la palabra no es solo herramienta, sino semilla. Y que, en tiempos de sequía cultural, sembrar palabras propias, nuestras, llenas de música y de tierra, es también un acto de resistencia.

Así como él se atrevió a escribir desde su herida y desde su amor por el pueblo, yo también me atrevo a decir que mi lengua es mi patria, que mi identidad es andina, y que, en cada ensayo, en cada poema, en cada canción que brota desde esta tierra, estamos sembrando el futuro.
Porque como dijo Arguedas: "No hay arte más grande que el que se hace para no morir, para vivir más allá de la muerte" (Arguedas, 1971, p. 92). Y aquí seguimos, sembrando palabras como él, para que la vida no se nos olvide.

Hasta pronto…Por: MARGARITA.
Asesor: Prof. Orletaz Mamani Ventura.

CONCURSO NACIONAL DE LA NARRATIVA EN LENGUA CASTELLANA
"JOSE MARIA ARGUEDAS" 2025 - ENSAYO
2do. LUGAR ETAPA INSTITUCIONAL - CATEGORÍA "C"
NOMBRE DE LA ESTUDIANTE: Yeny Isabel, HUAMAN HUANACO

LOS RÍOS PROFUNDOS: UN CANTO QUE SIGUE VIVO
- ENSAYO -

Cuando leí la novela *Los ríos profundos* de José María Arguedas, sentí que no era solo una historia, sino también un espejo donde se refleja la vida de nuestros pueblos. En cada página aparecen los paisajes que nosotros conocemos, los ríos que hablan, las montañas que acompañan, y también las tristezas de los más humildes. Esta obra me hizo pensar que la literatura puede ser como un puente que une lo que somos y lo que soñamos ser.

Arguedas, a través de Ernesto, nos muestra la dureza de la vida en el internado de Abancay, pero también la grandeza de la cultura andina, esa que no se deja vencer a pesar de la injusticia. En este ensayo quiero compartir lo que significó para mí esta lectura: un viaje al corazón del mundo andino y una enseñanza para nuestro presente.

En la novela, la naturaleza no es muda. El río Apurímac, por ejemplo, es descrito como un ser que habla y que guarda secretos: *"Era un río terrible. Sus aguas bramaban en los abismos, como si hablaran con voces humanas"*. Cuando leí esta parte, recordé cómo en mi comunidad también creemos que las montañas, las lagunas y los ríos tienen espíritu. No son solo paisajes, sino compañeros de vida.

Este detalle me hizo sentir que Arguedas no inventó, sino que escribió lo que él mismo había escuchado y sentido en su infancia. Y yo, como estudiante que vive en los Andes, descubrí que nuestras creencias tienen valor y merecen estar en la literatura.

El personaje principal, Ernesto, es un joven que vive entre dos mundos. Ama las canciones quechuas, las danzas y las costumbres, pero al mismo tiempo tiene que convivir en un colegio donde muchos lo rechazan por sus raíces. Él dice en un momento: *"En el colegio aprendí que ser indio era una vergüenza. Pero en el campo sentía que ser indio era la vida misma"*.

Esa frase me hizo reflexionar. Muchos jóvenes sentimos algo parecido cuando nos dicen que nuestras costumbres no valen o que debemos avergonzarnos de hablar quechua. Pero Ernesto nos demuestra lo contrario: ser mestizo o indígena no es un problema, sino una fuerza. Nos enseña a no renunciar a lo que somos.

Lo que más me impactó de la novela fue cómo muestra la injusticia social. Los indios de la zona eran explotados por los gamonales, obligados a trabajar y a sufrir humillaciones. Pero en un momento deciden rebelarse. Arguedas escribe: *"Los indios, cansados de sufrir, se levantaron con la misma furia del río"*.

Esa rebelión no es solo violencia, sino dignidad. Nos recuerda que la historia de nuestros pueblos siempre ha sido una lucha por el respeto. Yo creo que Arguedas quiso decirnos que la cultura andina no se rinde, que incluso en medio del dolor hay esperanza.

El simbolismo de la profundidad de la obra es muy especial. Los "ríos profundos" no solo son de agua, sino también de cultura y memoria. Para mí, significan que lo más valioso de un país no siempre se ve en la superficie. Así como el río sigue fluyendo bajo tierra, también la tradición andina continúa viva, aunque a veces la quieran ocultar.

Cuando Ernesto contempla el río, siente que allí está el misterio y la fuerza de la vida. Eso mismo sentimos cuando nos acercamos a nuestras montañas y decimos "Apu". Lo profundo es lo que permanece.

El mensaje para hoy, aunque la novela fue escrita en 1958, todavía habla de problemas que existen en el Perú: la discriminación, la desigualdad y el olvido de nuestras comunidades. Pero también transmite un mensaje de orgullo y de esperanza. Leer *Los ríos profundos* me hizo pensar que nosotros, los jóvenes, debemos seguir defendiendo nuestra lengua, nuestras danzas y nuestras costumbres, porque en ellas está la verdadera riqueza del país.

En conclusión, para mí, *Los ríos profundos* es más que una novela; es un canto que sigue vivo en cada joven quechua, en cada campesino, en cada estudiante que siente orgullo de sus raíces. José María Arguedas, a través de Ernesto, nos dice que no tengamos vergüenza de quiénes somos, porque nuestra identidad es un tesoro.

Al terminar de leer, comprendí que la literatura no es solo para entretener, sino también para despertar, para recordar y para soñar con un Perú más justo. Por eso, esta obra seguirá siendo importante: porque habla con la voz de los ríos, y esa voz, como la nuestra, nunca dejará de sonar.

LA OVEJA MAÑOSA Y EL ZORRO DEL CERRO PICCHU

Cuento Narrado por: Eloy. 1ro. Sec.

Soy Eloy; pastor de ovejas en las alturas del cerro Picchu en la comunidad de Uratari. Aquella noche fue la más larga de mi vida. Cuando guardé a mis ovejas en el corral, me di cuenta de que una faltaba. Era la más mañosa, la que siempre se escapaba para pastar sola. Pensé que regresaría al anochecer, pero no apareció.
Tomé mi linterna de mechero y me fui a buscarla. Caminé por horas entre pajonales y rocas. El frío de la madrugada me calaba los huesos, pero yo seguía llamándola:
—¡Mañosa! ¡Mañosa!
El eco era mi única respuesta. Sentía que la noche me observaba con miles de ojos invisibles.

Al llegar a la cima, el viento me llevó un sonido extraño: un balido débil, como si viniera de un sueño. Seguí ese lamento y entonces lo vi… en medio de los ichus estaba mi oveja, agotada, jadeando, con el cuello ensangrentado. Había luchado toda la noche contra los zorros.
De pronto, entre el pajonal, un zorro salió lentamente como sale el sol por las mañanas. No era un animal cualquiera: su mirada brillaba como dos brasas encendidas. Sentí que esos ojos me clavaban en el suelo. Intenté gritar, pero mi voz se apagó en la garganta. Quise levantar una piedra, pero mis brazos quedaron pesados como plomo. Estaba hipnotizado, sin poder moverme.
El zorro avanzó despacio, con un silencio mortal. Mi oveja temblaba, pero cuando el animal se abalanzó, ella, con las últimas fuerzas que le quedaban, lo empujó hacia unas espinas. El chillido del zorro rompió el embrujo que me ataba. Logré respirar de nuevo y vi cómo el animal, lleno de espinas en su cuerpo, huía hacia las laderas.

Corrí hacia mi oveja. Estaba tan cansada que ya no podía caminar. La acaricié y le dije: —Perdóname por dejarte sola…
No lo pensé dos veces: la cargué en mis hombros, pesada y herida, y comencé a bajar del cerro. Cada paso era un esfuerzo, pero yo sentía que llevaba en mis brazos algo más que una oveja: llevaba mi responsabilidad, mi deber de pastor.
Mientras bajábamos, recordé la noche oscura: mi oveja luchando contra el peligro, yo prisionero de la mirada del zorro. Esa experiencia me enseñó que la vida en el campo no solo se defiende con fuerza, también con valentía y unión.

Cuando llegamos al corral, el sol ya pintaba de oro la cima del Picchu. Mi oveja descansaba bajo mi poncho, y yo supe que desde ese día nunca más la dejaría sola en la noche.

CUANDO EL ZORRO BAILA, LA VIDA TIEMBLA

Cuento Narrado por: Prof. Oblitas Ventura

Dicen que entre los abismos y matorrales de Choquemarca, muy cerca del río que canta por las noches con voz de quena mojada, existe un sendero que no se deja dibujar en ningún mapa. Es un camino que solo aparece cuando la luna se descuelga de los cerros como un arete de plata y el silencio abriga la montaña con poncho de niebla.

En esas noches, luces diminutas flotan sobre el camino. Los lugareños, con la mirada corta de lo cotidiano, dicen que son luciérnagas. Pero los ancianos, que han visto más lunas que calendarios, juran que son estrellas que bajan a ver al zorro bailar.

Ese zorro no es de carne ni de miedo: es de brasa y sombra, de polvo antiguo y mirada de trueno. Solo aparece cuando los hombres olvidan que el mundo invisible también tiene caminos que no deben pisarse.

Aquella mañana, el sol apenas gateaba sobre las lomas. En la carretera pastoril que une Uratari con Limatambo, un zorro dormía plácidamente en medio de la vía, cerca de la curva con la cola enroscada como chal de viuda. Su respiración era lenta, como si contara historias en cada exhalación.

En sus sueños profundos, él bailaba sobre un círculo de brasas encendidas. Flautas de hueso tocaban melodías que se enroscaban en el aire, charangos cantaban en quechua, y de los cerros bajaban coros de cuis, cuis, cuis; beeee y kikirikiii que se mezclaban con el humo dulce de las fogatas invisibles.

Entonces, un bocinazo lo arrancó del mundo donde reinaba.
—¡Titiiiiit! —sonó el claxon de la combi blanca.

Al volante, Don Alfredo, ese Villano, un hombre joven que caminaba sobre la soberbia como si fuera puente seguro, fruncía el ceño con la impaciencia de quien no reconoce guardianes en el camino.

Pero el zorro no huyó. Levantó su cabeza, se puso de pie y comenzó a zapatear al ritmo del claxon de Huaylillay, cada salto un latido de fuego, cada giro un desafío.

Los estudiantes, rumbo a los Juegos Escolares, se agolparon en las ventanas de la combi.
—¡Está bailando! —rio Marleny, con asombro en las pestañas.
—¡Qué raro! —dijo Yurico, apretando la mochila contra el pecho.

—Debe estar hablando con los apus —susurró Esther, como si temiera que el aire la oyera.

—O tal vez es un espíritu —añadió Estéfany, con un brillo de miedo en los ojos.

El profesor Willy, que sabía más de lo que decía, habló en voz baja:

—No lo molesten. Mi abuela contaba que es el guardián de los caminos invisibles.

Don Alfredo resopló, inflamado de orgullo.

—¡Bestia inútil! —escupió.

Y, sin frenar, lo atropelló… hasta con retroceso.

El cuerpo rodó palpitando sobre la tierra y, con un taconazo, quedó inmóvil. Un silencio espeso, como barro, llenó la combi.

—¡Pobrecito! —murmuró Estéfany, con la voz quebrada.

—¡Lo mató otra vez! —susurró la madre de Florelinda, abrazando la olla de guiso de lizas, como si la muerte del zorro fuera una herida antigua que jamás cicatrizó.

Don Alfredo, resoplando, lanzó al zorrillo sobre la rejilla de su móvil y, metiendo primera, ¡Rrunnn! huyó, borrando con una polvareda el lugar del crimen…

En Limatambo, nada funcionó. Los goles se desvanecían antes de rozar la red, los y las deportistas tropezaban con el aire, se pateaban entre ellos sin la pelota, las risas se apagaban como velas mojadas, incluso en una de ellas voló su chotera sin pegar al balón. Las pelotas se desinflaban en pleno juego y hasta el sol parecía mirar de reojo, escondiéndose tras nubes que nadie vio llegar. El profesor Willy lo supo sin decirlo: el zorro los había marcado… y esa marca no se borraba con agua ni con tiempo.

Al regresar por Choquemarca, la noche se espesó como tinta negra derramada sobre los cerros. La bruma tenía olor a tierra mojada y coca mascada.

Entre ella, apareció el zorro. Vivo. Ardiendo. Rodeado de otros zorros más pequeños y extraños: algunos flotaban sin tocar el suelo, otros tenían alas transparentes como de libélula, y unos lucían tres colas que se movían como serpientes de fuego. Eran animales que nunca habían sido vistos en la región: zorros con ojos humanos, zorros que respiraban humo, zorros que se desdibujaban como si fueran niebla.

Los cerros comenzaron a murmurar en quechua antiguo. La combi temblaba, como si quisiera escapar por sí sola.

El profesor Willy cerró los ojos y recitó el canto sagrado:

Tayta zorro, guardián del paso,
recibe esta oración sin retraso.
No venimos con soberbia,
solo con el corazón en mano…

El zorro comenzó su última danza. Giraba, saltaba, quemaba el aire. Cada paso lo debilitaba, pero también encendía más su fuego. En sus últimos segundos, se cubrió de llamas como de una túnica y, al caer, estalló en cientos de luces que subieron al cielo como semillas de sol.

La historia no terminaba ahí. Esa misma noche, Don Alfredo soñó con los ojos del zorro. No uno, sino miles. Los miraban sin parpadear. Bailaban alrededor de su cama sobre un piso que se convertía en un río de brasas.

Despertó sudando, pero las imágenes no se fueron. Al día siguiente, mientras conducía, vio colas rojizas en su móvil, doblando esquinas, huellas en el polvo que se borraban al mirarlas fijo, sombras que no pertenecían a nadie; hasta huyo de su esposa.

En sus sueños, un zorro se acercó mansamente y le habló con voz de trueno:

—¡Nos mataste! Ahora seremos tus pasos para siempre.

Un mes después, cansado de las visiones, Don Alfredo volvió a Choquemarca, decidido a "enfrentarse" al zorro. Fue al anochecer, cuando el viento parecía hablar con los árboles.

Allí lo vio. El zorro crecía, su piel se abría como flor de fuego, sus patas se alargaban, y de su lomo brotaron alas de escamas doradas. Su cabeza lucía cuernos de piedra, y su rugido olía a azufre mezclado con coca fresca.

La montaña se partió, revelando un túnel de luces que no eran ni de cielo ni de tierra. Un paraíso infernal: paredes cubiertas de flores incandescentes, ríos de lava que cantaban, y al fondo, tronos de huesos ocupados por dragones que lo miraban sin pestañear.

Don Alfredo sintió cómo el aire lo succionaba. El dragón se abalanzó sobre él y lo devoró entero…

Ahora dicen que todavía vive ahí adentro, caminando sin descanso por ese túnel donde los días se confunden con las noches y el tiempo deja de existir.

El profesor Willy nunca contó todo lo que supo después. Solo siguió llevando a sus estudiantes, cada año, con flores, hojas de coca y pan de anís. Les decía:

—No es una leyenda. Es un camino que se respeta.

Porque en Choquemarca, cuando el viento ríe y las luces danzan sobre el abismo, no son luciérnagas: son los pasos del zorro… o del dragón que alguna vez fue zorro.

Y algunos aseguran que, si cierras los ojos ahí, escucharás un rugido lejano… y el eco de alguien que aprendió, demasiado tarde, que hay danzas que ni la muerte puede detener.

Continuará…

ÍNDICE

1. Dedicatoria. 05
2. Presentación. 06
3. Prólogo. 07
4. Agradecimiento. 09

POEMAS DESDE EL CORAZÓN – Prof. Oblitas Ventura. 10

5. La niebla que danza. 10
6. La lengua que duerme en la nieve. 12
7. Can de la niebla. 14
8. Mi colegio en la niebla. 16
9. Ml cachorro que espera. 18
10. El que me entiende. 20
11. La voz antes del gallo. 22
12. Desde la cima del Salqantay. 24
13. Los hilos del ocaso. 26
14. El titiritero del atardecer. 27
15. Desde Uratari, amor a los andes. 29
16. ¿Qué es la vida? 30
17. Uratari, te llevo dentro como un canto eterno. 31
18. Cuando el viernes hiere la neblina. 32

POEMAS DE LOS ESTUDIANTES. 33

19. Apu salqantay, guardián de mis sueños. 33
20. Al frente del tayta apu Salqantay hay una maravilla. 34
21. Sueños tejidos en la tierra del Salqantay. 35
22. Poesía a mi colegio. 36
23. Mi querido colegio.37
24. Mi colegio, mi hogar. 38
25. Uratari, amor que no se apaga. 39
26. Recuerdos del colegio. 40
27. Uratari, tierra donde nací. 41
28. Apu Salqantay, colegio amado. 42
29. Cuando te conocí. 42
30. Poesía a mi pueblo. 44
31. Mi pueblo, pedacito de cielo. 45
32. A mi colegio. 46
33. Uratari en mi corazón. 47
34. Cuando Nicomedes habló. 48
35. Soy semilla de tu canto, Nicomedes. 49

POEMAS DE LOS MAESTROS. 50

36. Soliloquio de hermandad. 50
37. Apu Salqantay: cuna de saberes. 51
38. Escuela querida, fiesta de luz. 52

39. Maestro de uratari. 53
40. A mi colegio. 54
41. En tu día, colegio apu Salqantay. 55
42. Uratari en tu día. 56
43. Llegó la primavera. 57
NARRACIONES LITERARIAS DE LOS ESTUDIANTES. 58
44. El día que el cerro habló – cuento -. 58
45. El machucho de los andes – cuento –. 61
46. Entre el cielo y la chacra: sembrando palabras como Arguedas – ensayo -. 64
47. Los ríos profundos: un canto que sigue vivo - ensayo –. 67
48. La oveja mañosa y el zorro del cerro Picchu. 69
49. Cuando el zorro baila, la vida tiembla. 70

Pedidos al Cel. 971782373 o en la dirección de la institución 50138 Apu Salqantay.